JACINTO BENAVENTE

POR SER CON TODOS LEAL, SER PARA TODOS TRAIDOR

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el Teatro del Centro en la noche del 5 de marzo de 1919.



Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1919

POR SER CON TODOS LEAL, SER PARA TODOS TRAIDOR

JACINTO BENAVENTE

OR SER CON TODOS LEAL, SER PARA TODOS TRAIDOR

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Centro en la noche del 5 de marzo de 1919.



MADRID
IMPRENTA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle de Quintana, núm. 33.
1919



MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

A Francisco Morano,

Jacinto Benavente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DON HERNÁN RODRÍGUEZ DE ARELLANO....................	FRANCISCO MORANO.
DOÑA MARÍA (su esposa)........	AMPARO F. VILLEGAS.
DON JOSÉ........ (sus hijos)....	MARCIAL MORANO.
DON ANTONIO... (sus hijos)....	FERNANDO PORREDÓN (hij
LEONOR......... (sus hijos)....	RAQUEL MARTÍNEZ.
CLARA........... (sus hijos)....	PURA F. VILLEGAS.
DOÑA AURORA (madre de doña María)..........................	ELENA RODRÍGUEZ.
LA VIRREINA, MARQUESA DE TUDELA.......................	CONCHA VILLAR.
EL VIRREY, MARQUÉS DE TUDELA.........................	VÍCTOR PASTOR.
EL SECRETARIO DEL VIRREY..	GONZALO LLORÉNS.
DON RODRIGO (hijo del Virrey)..	FERNANDO SALA.
DON JUAN DE LAS TORRES....	JUAN AGUADO.
JUAN MORO.....................	NICOLÁS PERCHICOT.
MARTÍN PÉREZ.................	MANUEL MARTÍN VARA.
MARTA........... (criadas)......	PATROCINIO RICO.
ROSALÍA......... (criadas)......	CARMEN TEJADA.
ALBERTO (negro)................	ERNESTO ALVAREZ.

CABALLEROS, SOLDADOS,
ALGUACILES, GENTES DEL PUEBLO, CRIADOS, ETC.

La acción en la capital de una posesión española imaginari
en América, durante los primeros años del siglo XIX.



ACTO PRIMERO

Un salón en casa de D. Hernán.

ESCENA PRIMERA

MARTA, ALBERTO. Después ROSALÍA. Después DOÑA MARÍA.

MARTA — Ande, Albertillo, avise a doña María; no sea posma. Mire si estará en el costurero con las niñas; yo miraré en el aposento...

ALBERTO — ¿Y si no fuera lo que decís?

MARTA — ¿Pero no vió que la carroza de la señora Virreina se entraba por la callejuela y no hay más puerta que la de esta casa? Aquí viene, no dude.

ROSALÍA — *(Entra corriendo.)* ¡Mi señora!... La señora Virreina se entró por el zaguán y sube la escalera...

MARTA — ¿Lo ve ahora?... Corramos todos... *(Salen gritando.)* ¡Doña María!... ¡Señora! ¡Mi señora! *(A poco sale D.ª María con las criadas.)*

D.ª MARÍA — ¿La Virreina decís?

MARTA — Como lo oye, señora: la señora Virreina en persona.

ROSALÍA — Vino en su carroza...

D.ª MARÍA — ¡Jesús, Jesús! Sin prevenirme. Gracias a que esta casa siempre está en orden. Preparen el agasajo...: chocolate y almíbar, con los bizcochos y los panales...

MARTA — ¿De qué chocolate haremos, señora: del de casa o del de los Padres?

D.ª MARÍA — Del de casa, mujer: el de los Padres ya sabéis que se toma por favorecerles... ¿Quién estaba en el zaguán?

MARTA Mendillo y Alonso...

D.ª MARÍA ¡Jesús, Jesús! No harán cosa con cosa... Voy corriendo. *(Sale D.ª María.)*

MARTA ¡La señora Virreina en esta casa!

ROSALÍA ¡Con todo su señorío! Cierto que no es menos el de esta casa...

MARTA Por el corredor podemos verla.

ROSALÍA Descuidate y verás con la señora.

ESCENA II

DOÑA MARÍA y la MARQUESA DE TUDELA

D.ª MARÍA ¿Cómo no se sirvió Vuestra Alteza prevenirme de su visita? Dígnese Vuestra Alteza pasar y tome asiento Vuestra Alteza en el estrado, que yo quedo de pie para servir a Vuestra Alteza.

MARQUESA Dejad el acatamiento; siéntese conmigo y no penséis que es la Virreina quien viene a visitaros...

D.ª MARÍA A honrar esta casa.

MARQUESA Vengo como una buena amiga, por lo mucho que mi esposo estima a don Hernán, que es de los buenos españoles... Por lo menos lo ha sido hasta ahora...

D.ª MARÍA El Virrey lo sabe.

MARQUESA Lo sabe y así lo estima. El linaje de los Rodríguez de Arellano es de noble abolengo español en estas tierras, y la lealtad de todos los suyos está bien probada. Pero ya os dije que venía como una buena amiga... No soy la Virreina... Todos sabemos que de poco tiempo a esta parte, alborotados con las noticias de la guerra de España, por creer que España es ya francesa, que Su Majestad el rey D. Fernando ya no manda ni gobierna en ella, unos cuantos, sólo unos cuantos, por fortuna, gente sin condición y sin arraigo en el país, conspiran y se revuelven contra España. Quieren declarar la independencia, proclamar un Gobierno republicano. Ya veis qué desatinos. Sería la perdición de todos. El Virrey está bien advertido y no hay junta ni trato de esa gente de que él no tenga noticia... Pero nunca faltan malintencionados que, por

engañar a otros, no dudan en mezclar en sus tratos nombres que debieran estar libres de toda sospecha. No quisiera disgustarla, doña María; ya dije que venía como una buena amiga; quiero decir con franqueza a lo que vine. A mi esposo le han delatado esta casa; han llegado a delatar a don Hernán y a sus hijos como conspiradores.

D.ª MARÍA Pero el Virrey no lo ha creído; nadie puede creerlo.

MARQUESA Han dicho más: que sus hijas, con otras jóvenes del país, se reunían en esta casa y en otras de sus relaciones para bordar banderas de la libertad, banderas que no son españolas... El Virrey no ha podido creerlo, pero tampoco puede desentenderse de tan repetidos avisos, y antes de que su autoridad diese un paso enojoso, he querido yo preveniros de lo que se dice, para que con la misma franqueza me respondáis lo que hubiera de cierto. Yo, como mi esposo, no creo que don Hernán conspire contra España... Ahora, si sus hijos, por ligereza de la juventud..., los jóvenes son alborotados, se dejan llevar de los discursos, les hablan de libertades, de patriotismo... Nacieron aquí, olvidan que deben ser españoles, porque lo fueron sus padres. De las muchachas digo lo mismo: hacen moda de jugar a las conspiraciones, les ilusiona bordar banderitas y cintas con lemas patrióticos, para los novios, para los hermanos... Lo triste sería que todo esto pasara de un juego de niños... En cuanto a los hombres, ya se encargará el Virrey de poner coto a sus demasías, que ya no pueden permitirse: anoche mismo, unos mozalbetes insultaron a unos soldados y ultrajaron el nombre de España...

D.ª MARÍA Puedo asegurar a Vuestra Alteza que cuanto dice me sorprende tanto... Yo no sé quién puede haber dicho al Virrey que en esta casa...

MARQUESA ¿Quién no tiene envidiosos? Por eso he querido advertiros...

D.ª MARÍA Y yo le agradezco a Vuestra Alteza... Pero mi esposo tendrá un grave disgusto...

MARQUESA La verdad triunfa siempre. Yo creo que don Hernán debiera avistarse con mi esposo. Una palabra suya bastará para alejar toda sospecha...

D.ª MARÍA Así lo hará; esta noche misma, si el Virrey lo permite.

MARQUESA Yo se lo diré y de Palacio le darán aviso de la hora a que mi esposo puede recibirle. Y ya os dejo, doña María.

D.ª MARÍA ¿No aceptará Vuestra Alteza un sencillo agasajo?

MARQUESA Lo agradezco, pero es muy tarde y en Palacio hacemos colación a las ocho, y antes quiero visitar a las Recoletas, que ha pocos días llegó de España la nueva priora y es parienta de parientes míos y aún no la he saludado...

D.ª MARÍA No detengo entonces a Vuestra Alteza... ¡Marta! ¡Rosalía!... *(Salen Marta y Rosalía.)*

MARTA ¡Señora!

ROSALÍA ¿Qué manda, señora?

D.ª MARÍA Decid a Mendillo y a Alonso que alumbren hasta el zaguán.

MARTA Ya están avisados... ¡Mendillo! ¡Alonso! Traigan esas luces... *(Aparecen dos negros con grandes candelabros de plata.)*

MARQUESA No me acompañe más, doña María. Saludad a don Hernán en mi nombre.

D.ª MARÍA Os quedará muy agradecido. Hasta el zaguán iré con Vuestra Alteza. Bésoos las manos... Habéis hecho mucho honor a esta casa...

MARQUESA La casa de los Rodríguez de Arellano es casa de España: en esa confianza he venido y con mayor confianza salgo. *(Salen.)*

ESCENA III

DOÑA MARÍA, MARTA y ROSALÍA

MARTA ¡La Virreina, señora!

ROSALÍA Muy señorona es, pero no parece orgullosa...

MARTA ¿A qué vino, señora? Perdone la señora la curiosidad; pero mire mi señora que de esta visita de la Virreina se ha de hablar en toda la ciudad.

D.ª MARÍA Y no seréis vosotras las que habléis menos.

MARTA Es que si la señora supiera lo que por ahí se dice...

D.ª MARÍA ¿Qué se dice? No tendréis vosotras poca culpa...

ROSALÍA ¿Nosotras? No, señora... Es que la gente anda

muy revuelta, que dicen que ya no hay rey en España, y el Virrey aquí ya no es nadie...

D.ª MARÍA ¡Silencio, bachilleras! ¿Qué sabéis vosotras? Llámenme a las niñas, sin que se entere la señora mayor...; que vengan aquí, que he de hablarlas..., y vosotras no me andéis con cuentos...

MARTA. Descuide la señora. *(Salen Marta y Rosalía.)*

ESCENA IV

DOÑA MARÍA, LEONOR y CLARA

CLARA ¿Qué nos quiere, mamita?...

D.ª MARÍA Venid acá... ¿Qué os decía yo? Que tendríamos algún disgusto...

CLARA ¿Qué disgusto?

LEONOR ¿Fué para un disgusto la visita de la Virreina?

D.ª MARÍA Veréis cuando vuestro padre se entere, y ha de enterarse. De hoy más se acabaron las visitas a casa de las de Torres, ni ellas me pondrán aquí más los pies... Y se acabó el bordar banderas ni cintas...

LEONOR Pero, mamá, si fuisteis vos la que nos animasteis...

D.ª MARÍA Muy mal hecho. Es verdad... Debí reflexionar. Yo no pensé que tendría esa trascendencia... Me costará un disgusto con vuestro padre. En Palacio lo saben todo... Y nada, que se acabó.

CLARA ¿Qué dirán las de Torres? Y los muchachos... Pues yo la banda de capitán de don Diego he de acabarla. Se lo he prometido.

D.ª MARÍA No hay promesas que valgan. Ni me volvéis a salir de casa sin que yo os acompañe. ¿Sabéis que si el Virrey no hubiese mirado el nombre de vuestro padre, con lo que le han dicho ha podido meteros presas?...

CLARA ¡Jesús! ¡No nos diga!...

D.ª MARÍA ¡Pues no, las cosas están muy serias!...

CLARA ¡Ay, Dios mío! Que no sepa el padre...

LEONOR ¡Anda, ahora lloras!... ¡Qué brava! ¿Pues no habíamos jurado todas morir por la Libertad, por la Patria?...

CLARA ¡No digas locuras! Eso está bien para los hombres...

LEONOR Pues yo, ya que no soy hombre, quisiera ser Carlota Corday o Mme. Rolland...

CLARA Yo no, que me da mucho miedo... Tiene razón mamita. Yo no vuelvo a dar puntada en una bandera.

LEONOR Tienes alma de esclava... ¿No has leído la historia de Esparta?

D.ª MARÍA Mira, Leonorcita, déjate de bachillerías... Y a tus hermanos ya les diré también que no me anden en esas juntas y en esos clubs... Y cuidado con decirle nada de esto a mamá Aurora, que ella es la que os levanta de cascos..., y si vuestro padre supiera que es mi madre la que os solivianta...

LEONOR Y antes vos también, que sois hija de aquí y sentís el amor patrio como todos...

D.ª MARÍA Yo no siento más amor que el de mi casa y el de mis hijos, ni tengo más patria que la que me dió vuestro padre.

LEONOR Papá nació aquí también, aunque sea hijo de españoles, y todos dicen que él debía ser el primero en ponerse al frente de todos...

D.ª MARÍA ¿Quieres callar, Leonor?... Vuestro padre tiene veneración por España...

LEONOR Pero si ya no hay España; si España ya es francesa, que el Rey es un hermano de Napoleón Bonaparte; y a nosotros no nos manda Napoleón ni nadie de fuera, que queremos ser libres... como en la otra América, que era de los ingleses...

D.ª MARÍA ¡Jesús, Jesús, tú estás loca! ¡Sí que tenemos en casa un club revolucionario contigo!

ESCENA V

DICHOS y DOÑA AURORA

D.ª AUR.ª ¿Por qué reñís a las niñas? Venid acá... ¿Por qué os riñe vuestra madre?

D.ª MARÍA Déjelas, mamá, que no quiero disgustos, y vos tenéis la culpa de todo.

D.ª AUR.ª ¿A qué vino la Virreina? ¿Es que en Palacio dieron ya el soplo? ¡Ay, si los hombres de esta tierra fueran hombres! ¿A qué aguardan? Siempre estaremos en esclavitud...

D.ª MARÍA ¡Mamá! ¡Por Dios santo!

D.ª Aur.ª Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con España? Esta es nuestra tierra, nuestra Patria. Los españoles vinieron a exterminarnos, a llevarse nuestro oro... ¡Felices los que no tenemos sangre española, los que como yo descienden de nuestros emperadores..., los que fueron asesinados a traición por los españoles!...

D.ª María ¿Queréis callar?... Que oigo la voz de Hernán, y si os oyera...

ESCENA VI

DICHOS, DON HERNÁN, DON JOSÉ y DON ANTONIO, que vienen muy cabizbajos.

D.ª María ¡Hernán! ¡Hijos míos!

D. Hernán ¡Buenas noches!

D.ª María ¿Qué sucede? ¿Qué cara traéis todos? ¿Qué sucede a estos hijos?

D. Hernán Nada... Ellos podrán decir. ¿Qué digo? Tú lo sabes como ellos... Y es la primera vez que en esta casa ocurre algo sin tener yo noticia...

D.ª María ¡Hernán!

D. Hernán ¿Tú sabes de dónde he tenido que traer a estos mocitos?... Y debió ser por las orejas...

D.ª Aur.ª Ya son muy hombres...

D. Hernán Silencio, señora; son mis hijos...

D.ª Aur.ª También mis nietos: llevan mi sangre.

D. Hernán Es cierto; sangre india, mezclada por amor con la nuestra: generosidad y grandeza de España que no sabéis agradecer.

D.ª Aur.ª No hay por qué agradecerlo; los esclavos no podemos elegir señor...

D. Hernán ¿Fuisteis esclava en nuestra casa, señora? Vuestra hija, que lleva sangre española, ¿es esclava en mi casa? Por mi amor es reina y señora en ella, como lo fuisteis en la vuestra por el amor de vuestro esposo, español como yo.

D.ª Aur.ª Vos no sois español; nacisteis aquí como nosotros.

D. Hernán Es tierra española.

D.ª Aur.ª Muy lejos está de aquí España; mucho mar de por medio. No es tierra española esta tierra.

D. Hernán Con sangre española está fecundada, por el amor

y por la muerte, con todo lo que es vida y lo que es alma. ¿Qué más hay que poner en una tierra para llamarla nuestra? Y basta, doña Aurora. *(A D.ª María.)* ¿Tú sabes dónde estaban tus hijos? En donde se conspira contra España y se maldice de ella y se preparan levantamientos en nombre...

D. JOSÉ De la Patria, de la libertad de nuestra Patria.

D. HERNÁN Si eso fuera, ¿pensáis que no sería yo el primero a vuestro lado? Sin dejar de ser española, libre de España y de su mal gobierno pudiera ser esta tierra independiente y grande; pero ¿es eso lo que pretenden? Oigo palabras; pero ¿a qué nobles ideas responden esas palabras? Y ¿qué hombres son los que las proclaman? Sólo veo ambiciosos de ruines ambiciones; que la ambición si tiene grandeza no dice odio; dice amor y no separa, une, y aun decir Patria le parece poco y dice: Humanidad; dice: Universo. Y estos hombres, despechados porque no se les ve en la grandeza del mundo, quieren partir el mundo en pedacitos, por si en uno de estos pedacitos pueden ellos parecer grandes. Pero ¿qué idea les mueve? Dicen: Patria, nuestra Patria; y sólo piensan en remedar lo mismo de que abominan. Ya se reparten cargos y empleos, lucros y gabelas. Si hablan de libertad, ¿por qué no piensan en libertar a sus esclavos? ¿Por qué no piensan en los oprimidos, en los míseros? ¿Qué bienestar les ofrecen a cambio del que pudiera faltarles al romper con violencia lo que ellos llaman el yugo opresor de España y es el yugo de los codiciosos desalmados, que antes padece España que ellos?

D. ANTON.º Vos mismo habéis dicho muchas veces que España ha cometido con nosotros culpas y errores...

D. HERNÁN ¿Quién lo duda? Pero ¿cómo van a enmendarlos, si en cuanto se proponen sólo veo una copia de las culpas y los errores de España? No son los hijos buenos que ven el desorden, la discordia en sus padres y dejan su casa avergonzados para ordenar otra casa de muy distinto modo. Son los malos hijos, que sólo quieren más libertad para vivir tan malamente como sus padres y separan su casa para vivir con más libertad, eso sí, pero con el mismo desorden y la misma discordia que de sus padres aprendieron. Si yo viera que esa Patria

de que me hablan, esa libertad, eran la Patria, la libertad que yo sueño... Entonces, yo sé que mi Patria, al ser una lección de buen gobierno sería un orgullo y un ejemplo para España, y su amor no había de faltarnos nunca, como el nuestro no debe faltarle. Pero de ambiciosos y logreros, ¿qué puede esperarse? De un amor que sólo se fundamenta en un odio, ¿qué puede nacer?

D. José Y si vos sentís esa idea de una Patria nuestra, de una Patria libre y grande, si creéis que sólo faltan hombres para realizar esa idea..., ¿por qué no sois vos el hombre, padre mío? Todos lo piden, todos lo desean. Don Hernán Rodríguez de Arellano debiera ser nuestro caudillo, eso dicen... Sólo él puede sumar las voluntades y los corazones de todos. ¿Por qué dudáis, padre mío?...

D. Anton.º Si vos quisierais, padre...

Leonor Si él quisiera...

D.ª Aur.ª ¡Ah..., estos hijos!... ¡Qué no podrán los hijos!...

D.ª María Callad, madre... Me da miedo...

D. Hernán ¡Yo el caudillo, yo el hombre!... Eso dicen... Pero ¿no saben ellos que en la idea que yo tengo de una Patria no habría lugar para ellos? Ellos sólo hablan de ventajas en su provecho... Yo hablaría de sacrificios. En esos hombres que maldicen de la tiranía de España yo adivino tiranuelos aún más odiosos, porque ellos son los que menos debieran renegar de España, que a su sombra se enriquecieron y se encumbraron, donde ahora pueden intrigar contra ella. Ellos fueron los primeros en corromper la justicia para medrar y enriquecerse justamente, y por ellos tuvo España muchas veces que ejercer tiranía, y ahora hacen cargos de las mismas culpas de que ellos fueron cómplices por lo menos. No; con esos hombres podrá hacerse un trastorno, pero no se hará una revolución.

D. José Sí, padre; será más que una revolución, será una Patria nuestra; con un gobierno nuestro..., y libertades que ahora no tenemos, oprimidos por una dominación tiránica...

D. Hernán Tendremos un gobierno, una bandera, pero no tendremos una Patria, porque ellos no la llevan en el corazón. Todo son nombres, palabras..., y sobre todas ellas un solo sentimiento, más noble en los que no lo ocultan que en los que mal lo

encubren: el odio a España. Quizás porque ya no puede darles más de lo que les ha dado y quieren apartarse de ella como la mujer liviana del amante que ha empobrecido.

D. Anton.º Pero ¿no creéis, padre, que si hablarais así a los que siguen a esos hombres..., porque no ven a otros, y si los hombres como vos se ocultan y callan...?

D. Hernán Y si yo hablara, ¿creéis que me seguirían? Muchos se creen caudillos porque ven que una multitud les sigue: no les sigue, es que les empuja.

D. José A vos os seguirían. ¡Todos creen en vos!

D. Hernán A mí me dejarían solo o se volverían contra mí, porque yo no halagaría sus pasiones ni sus intereses. A mí no tardarían en llamarme traidor, porque la verdad siempre parece traición a los que viven del engaño. Y aquí sólo se trata de engañar a un pueblo iluso. ¡Es tan fácil engañar al que padece hambre y miseria!... ¡Es tan fácil persuadirle que sólo consiste en cambiarlo todo!... Pero cambiarlo todo es para ellos cambiar nombres, banderas y músicas... Para cambiarlo todo, para cambiarlo todo..., hay que abrasar antes las inteligencias y los corazones en la luz de la verdad y del amor... Pero esos predicadores del odio y de la mentira, ¿qué luz podrán sacar de las tinieblas? Y ahora, oídme todos los de esta casa. Por el nombre que llevo, que nadie aquí ha de conspirar contra España... ¿Habéis entendido? Y tú, mujer, tú debiste advertirme...

D.ª María Yo nunca creí... Ya he reprendido a estas hijas...

D. Hernán Mejor que bordar banderas de ningún color, les estaría coser camisas para los pobres.

Leonor Las mujeres sólo podemos coser camisas... Es lo que creen en España...

D. Hernán Y ojalá nunca dejen de creerlo; que el hombre que vió coser camisas a su madre ya tiene mucho adelantado para saber elegir a la mujer que ha de ser madre de sus hijos... *(Entra Alberto.)*

Alberto ¡Mi señor don Hernán!...

D. Hernán ¿Qué ocurre?

Alberto De Palacio llega un soldado con este oficio... No esperó más... ¿Qué manda mi señor?

D. Hernán Nada. Del Virrey...

D.ª María ¿Sabes que estuvo aquí la Virreina?

D. Hernán Sí, ya sé. El Virrey desea verme.

D.ª María Eso me dijo...

D. Hernán Está bien; iré.

D.ª María ¿A qué hora?

D. Hernán Esta noche, a las nueve... Podemos cenar antes...

D.ª María Decid vosotras que preparen la cena... *(Salen Leonor y Clara.)* Tengo miedo... El Virrey ya sabe... Estos hijos... ¡Juradme que no volveréis con esa gente!... ¡Juradlo!

D. Hernán Nada tienen que jurar; son mis hijos. Esta casa es de España; de ella no pueden salir traidores...

D.ª Aur.ª ¿Traidores a quién? A su Patria. ¿Qué Patria?...

D. Hernán España... Podemos separarnos de ella, pero no podemos maldecirla. Si no es nuestra Patria, es nuestra madre, y cuando arrancáramos de nuestro corazón hasta el nombre de España..., no seríamos más nuestros, seríamos de otros y acaso entonces volviéramos con angustia los ojos y el corazón a nuestra madre... ¡España!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Un salón en el palacio del Virrey.

ESCENA PRIMERA

MARTIN PÉREZ y JUAN MORO

MARTÍN ¿Es verdad que están presos los hijos de don Juan de las Torres?

J. MORO Anochecido los llevaron al cuartel de San Pablo. Yo los vi.

MARTÍN ¿Y la gente?

J. MORO Pocos lo saben. Cuando se sepa, ya veremos lo que sucede.

MARTÍN Fueron ellos los que insultaron anoche a los soldados y al hijo del Virrey..., a don Rodrigo.

J. MORO Se sospecha que fueron ellos... y otros también, a los que mandarán prender esta noche o mañana... Ya era hora de que no se encarcele sólo a los pobretes...

MARTÍN ¿Has sido tú el delator?

J. MORO Pues, ¡claro! La gente es cobarde. Si no se sacude la modorra de los reacios... Cuando vean que los hijos de don Juan de las Torres, persona de valimento, están presos... y otros lo estén también...

MARTÍN Los de Rodríguez de Arellano... ¿No es eso?

J. MORO Eso es... Necesitamos a don Hernán de nuestra parte, y a don Hernán sólo le tendremos cuando con él y con su familia se cometa algún atropello...

MARTÍN Y se cometerá...

J. MORO Ya se hubiera cometido; pero la Virreina se fué a visitar a la esposa de don Hernán... Don Hernán vendrá a Palacio esta noche. Pero antes ha de saber el Virrey que los hijos de don Hernán fueron también de los del alboroto de anoche y de los que están comprometidos para sorprender a don Rodrigo y secuestrarle... El Virrey no creo que sea capaz de hacer lo que cuentan que hizo allá en España un caballero que le llamaban Guzmán el Bueno y tiró por una muralla su cuchillo para que degollaran a su hijo antes de entregar él una plaza que defendía...

MARTÍN ¡Quién sabe lo que haría el Virrey!... ¡Porque el don Rodriguillo le da tales disgustos!... Como el del otro día, cuando él y sus amigos atropellaron a esa pobre muchacha...

J. MORO Sí..., todos conocemos a esa pobre muchacha. Difícil es atropellarla... Ya está ella bien atropellada. Conque se crea basta... El caso es que haya víctimas a quien compadecer, para que haya verdugos a quien odiar. Cuantas más tropelías cometan los españoles...

MARTÍN Oye, y si al fin cometieran alguna con nosotros... Si sospecharan...

J. MORO De mí no sospechan...; yo soy español como mi padre... El Virrey confía en mí... como confía en ti y en los dos como en sí propio... Yo delaté a un hermano mío. ¿Pude hacer más para ganarme su confianza? Por ser hermano mío le perdonó el Virrey; pero si le hubiera mandado matar, bien muerto estaría... Hay que saber morir por la Patria...

MARTÍN Y saber matar... Mucho tarda el secretario de Su Alteza esta noche... Ese es el que me da a mí cuidado...

J. MORO Sí, a ése no se le engaña... Un criado. *(Pasa un ujier.)*

MARTÍN Es de los nuestros, aquí casi todos... ¿Crees tú que si no respiraría yo aquí... como respiro?

ESCENA II

DICHOS y el SECRETARIO DEL VIRREY

J. MORO Señor...
MARTÍN Buenas noches.
SECRET.º ¿Qué traéis hoy?
J. MORO Poca cosa.
SECRET.º ¿Dónde estuvisteis?
J. MORO Yo en el Club Patriótico; nada nuevo; la gente de siempre que dice lo de siempre.
MARTÍN Yo en la botillería del Buen Español... Allí se reunen los peores...
SECRET.º Y para esta noche, ¿se prepara algo?...
MARTÍN Hasta ahora, nada; pero cuando los mocitos de buena familia vean que los hijos de don Juan de las Torres no pasean esta noche por los sitios acostumbrados y se sepa que están presos... Y a esa gente es a la que hay que escarmentar... A los de arriba, a los de arriba es a los que hay que sentar la mano.
J. MORO Y si el Virrey se atreviese también con los hijos de don Hernán, que fueron los más alborotadores..., de los que insultaron a don Rodrigo y desarmaron a un soldado que acudió a defenderle...
SECRET.º Fueron ellos, ¿verdad? Ya lo sabía yo...
J. MORO Van jactándose de ello; dicen que con ellos no se atreverá nadie, porque su padre es tanto como el Virrey, más que el Virrey...
SECRET.º Es posible. Pero oídme acá... Esa gente, ¿sigue sin desconfiar de vosotros?
J. MORO En absoluto.
SECRET.º Pues ellos saben que sois confidentes nuestros... y delatores...
J. MORO Sí, lo saben... Pero nosotros les hemos hecho creer que somos traidores...
SECRET.º Traidores... ¿a quién?
J. MORO Al Virrey...
SECRET.º Y si el Virrey también lo creyera...
MARTÍN Haría mal...
J. MORO ¿Cómo puede creerlo? No puede dudar de nosotros.
SECRET.º Mirad, yo me pongo en el justo medio. Yo creo

que les engañáis a ellos y nos engañáis a nosotros, que es el modo de no engañar a nadie...

J. MORO ¡Qué cosas decís! Entonces, ¿por qué se nos paga?

SECRET.º Por eso, porque con vosotros sabe uno a qué atenerse.

J. MORO Entonces, quiere decirse que nuestras confidencias y nuestras delaciones...

SECRET.º Sí, algunas son verdaderas, a pesar vuestro, porque por ser traidores sois capaces de haceros traición a vosotros mismos. Otras... son falsas, pero son convenientes. A los que conspiran contra España les conviene ahora y se sirven de vosotros para ello; que persigamos a los de arriba, porque ésos son los que al verse descubiertos han de gritar más fuerte y levantar a su favor más partido... Ya veis si les conozco... Pero como yo deseo lo mismo que ellos, que el enemigo dé la cara, para que no haya falsos españoles, que muchos acuden aquí a Palacio a rendir acatamiento a España y al Virrey, en besamanos y ceremonias, y luego conspiran en los clubs y en sus casas... A ésos podéis decirles que el secretario del Virrey..., Maquiavelín o Maquiavelillo, como ellos me llaman en sus hojas clandestinas y en sus discursos..., Maquiavelín... quiere verlos pronto en las calles o en el campo con las armas en la mano... para acabar de una vez con ellos...; porque Maquiavelín..., a más de secretario es también militar español y sabrá defender a su Patria con la espada mejor que con estas armas indignas, del espionaje y las delaciones, que siempre he repugnado.

J. MORO ¿Por qué nos decís todo eso, señor?

SECRET.º Para que también tengáis allí algo que delatar... Supongo que os pagarán como aquí se os paga...

MARTÍN Está bien... Eso quiere decir que nuestros servicios no se estiman...

SECRET.º Nada de eso; pueden ser muy estimables los servicios y no ser estimables las personas; depende de las personas y de los servicios. Id con Dios por esta noche, y hasta mañana, si antes no hay novedad que comunicarnos. No pongáis esas caras, que conmigo no habéis desmerecido en nada... Por orden del Virrey. *(Les da dinero.)*

J. MORO Buenas noches.

MARTÍN Hasta mañana... *(Salen.)*

ESCENA III

El SECRETARIO y DON RODRIGO

SECRET.° Don Rodrigo...

D. RODRIGO Buenas noches...

SECRET.° ¿Cómo venis tan tarde? Vuestra madre está muy afligida... Envió a buscaros por toda la ciudad; no quería sentarse a la mesa sin que llegarais...; la obligó vuestro padre... Apenas podía contener el llanto mientras cenábamos. Que os vea en seguida; tranquilizadla...

D. RODRIGO No; ahora, no; estará con mi padre. Mi padre está enfadado conmigo... Sabéis que sin razón...

SECRET.° Lo sé; pero la pesadumbre es para vuestra madre. Esta noche temía que hubiera podido sucedecros algo..., como anoche.

D. RODRIGO Por lo mismo, yo no podía esconderme; debía pasearme por los sitios más concurridos de la ciudad, hasta que fuera entrada la noche... Era preciso que me vieran solo como me han visto; ni de un amigo he querido acompañarme...

SECRET.° No os confiéis demasiado; si volvéis a salir esta noche, no vayáis solo...

D. RODRIGO ¿Dijeron algo los confidentes?

SECRET.° De los confidentes ya sabéis que hago yo poco caso. Más me sirven sus confidencias para creer lo contrario de lo que ellos afirman. Pero conviene oírles, porque es el modo de saber lo que conviene a los otros que nosotros creamos. Hoy, ya sé que los enemigos de España tienen gran interés en que los hijos de don Hernán Rodríguez de Arellano parezcan muy comprometidos en el alboroto de anoche.

D. RODRIGO Estoy seguro de haber visto a uno de ellos entre los que desarmaron al soldado que acudió a defenderme.

SECRET.° Estáis seguro... Pero, si llegara el caso, no lo juraríais...

D. RODRIGO Por de contado... Yo no soy delator...

SECRET.° Los delatores son sus propios amigos; dejemos que lo sean. Hay interés en que los hijos de don Hernán sean acusados, en que el Virrey ordene

su prisión y se proceda a su castigo..., un castigo ejemplar...

D. Rodrigo No es posible. Aunque sean culpables, mi padre no puede olvidar que son hijos de don Hernán Rodríguez de Arellano, de un buen español...

Secret.º ¿No comprendéis que eso es lo que se pretende? Que don Hernán, por salvar a sus hijos, se decida por fin a ponerse al frente de los revoltosos...

D. Rodrigo Pero mi padre no caerá en esa burda trama...

Secret.º Ya hubiera caído si yo no lo hubiera avisado a tiempo; gracias a mis confidentes... Por eso os rogaba que aunque estéis seguro de haber visto a los hijos de don Hernán entre los que anoche os insultaron, no recordéis haberlos visto.

D. Rodrigo Soy mal fisonomista... Y entre tantos...

Secret.º Ya vuestro padre, con impremeditada resolución, ha mandado prender a los hijos de don Juan de las Torres... Eso es lo que quieren los rebeldes, que se persiga y se atemorice a las personas de calidad; hacer odioso el nombre de España por todos los medios... Vos tenéis la prueba con lo sucedido anteanoche con esa muchacha. Porque uno de vuestros amigos, en el bullicio de una francachela, algo embriagado, es verdad, llegó a amenazarla..., ya se os acusa de haberla atropellado... Y esa muchacha, a quien todos conocen, de quien todos saben la vida, asciende a la categoría de mártir..., como una virgen inocente... Y vos y vuestros amigos sois unos libertinos depravados, capaces de cometer cualquier tropelía... ¡Sois españoles!

D. Rodrigo Y mi padre se indigna conmigo injustamente.

Secret.º Comprended la situación de vuestro padre, que ve un país cuyo Gobierno le fué encomendado, revolverse contra su autoridad, alzarse contra la dominación española; cuando España, empeñada en una guerra sangrienta, mal puede atendernos cuando apenas hay Gobierno en España de quien podamos recibir órdenes. Por lo mismo, la responsabilidad del Virrey, de cuantos con él compartimos las amarguras de su cargo, es mayor en estas circunstancias. Si estas tierras se perdieran para España...

D. Rodrigo Dadlas por perdidas. Se perdió el amor a España; por la fuerza no se domina un pueblo, que por algo los habitantes de una región se cuentan

por almas, y en las almas no se domina más que por un amor o por un interés. ¿Amor?; ya no existe. ¿Interés?; menos. Ni España se cuidó nunca de afianzar intereses en parte alguna. Hasta cuando pudo parecer codiciosa, fué codicia de jugador la suya: amontonar oro para perderlo a los azares de la suerte o dispersarlo pródiga. Todas estas regiones de esta América nuestra, claman contra la codicia y la tiranía de España, y ellas son ricas mientras España es pobre. El ser hidalgo y caballero implica tantos defectos como virtudes; pero ya no se estima tanto las virtudes del caballero como se desestima sus defectos. Por eso ya nada vale y significa tan poco ser español. En el pobre hidalgüelo la generosidad es despilfarro, el orgullo es fatuidad, el puntillo de honra bravuconería... Los hidalgos están de más en el mundo; el mundo es de los industriosos y de los negociantes. En el mundo nuevo la vieja España sólo tiene valor para los que aún saben de generosidad, de hidalguía, de grandeza desordenada, de vivir por vivir el aire de las horas sin previsión calculada, desinteresados en nuestros amores y en nuestros odios, en que todo es pasión, nunca razones...; y sin pensarlo..., por no pensar en nada..., vivir como si pensáramos siempre: que sólo Dios es grande y sólo Dios está sobre todo... Así es nuestra España; los que así no pueden comprenderla, mal pueden así amarla...

ESCENA IV

DICHOS, el VIRREY y la MARQUESA, que llegan precedidos de un UJIER

UJIER *(Alzando una cortina para dejar paso a los Virreyes.)* Sus Altezas...

D. RODRIGO ¡Señora madre!... *(La besa la mano.)*

MARQUESA ¡Hijo mío!... ¿Por qué no viniste a cenar? ¿No suponías mi zozobra, con la ciudad alborotada, con esa gente que se atrevió a insultarte?... Besa la mano a tu padre... Pídele perdón...

D. RODRIGO ¡Padre y señor!... *(Le besa la mano.)*

VIRREY ¿Pareció ya el caballerete? ¿Paseó por esas calles para dar ocasión a nuevos disgustos? Hoy no debiste salir de Palacio.

D. RODRIGO Si me lo hubierais mandado, a mi pesar os hubiera obedecido; pero yo sabía que no lo mandaríais. Soy hijo vuestro.

VIRREY Bien está, bien está.

D. RODRIGO Ocultarse hoy hubiera sido cobardía.

VIRREY Ocultarte hoy, sí... Pero nunca debió andar mezclado tu nombre en desmanes de libertinos escandalosos.

D. RODRIGO ¡Padre!...

VIRREY Tú no puedes llevar vida de libertino, ni siquiera de petimetre... Tú, que debieras haber sido espejo de todos por lo mismo que en ti habían de fijarse todas las miradas.

D. RODRIGO Pero, padre, ¿qué vida he llevado yo de que tenga que avergonzarme? Tú sabes que en el lance de la otra noche no hubo nada que pudiera comprometer mi honor..., ni siquiera mi decoro... Son los enemigos de España los que han propalado esas dos calumnias... La de nuestro atropello y la de la virtud de esa muchacha.

VIRREY Todo eso es cierto. Mas, por lo mismo que los enemigos de España de todo se aprovechan para mostrarnos odiosos ó despreciables, nunca debemos dar ocasión con nuestra conducta para justificar su odiosidad. Y tú, más que ninguno, estás obligado a que en tu persona y en tu nombre se respete el nombre de España. Ayer una turba amotinada pedía tu castigo...

D. RODRIGO Si creéis que lo merezco, pronto estoy a aceptarlo.

MARQUESA ¡Calla! Bueno fuera que la autoridad del Virrey se pusiera al arbitrio de los enemigos de España, que cuando ellos se atreven a todo en la impunidad se castigara a los nuestros.

VIRREY Alguna vez hay que llegar hasta la injusticia con los nuestros para tener el derecho de hacer justicia con nuestros enemigos.

MARQUESA Ya se tarda en hacer justicia en ellos, y dura justicia. Ya estoy pesarosa de haber intervenido a favor de los Rodríguez de Arellano. Cuando he sabido que sus hijos fueron de los que alborotaron anoche, de los que proferían injurias contra España...

D. RODRIGO No, madre; no fueron los hijos de don Hernán, estoy seguro de que no fueron ellos.

MARQUESA Es natural que los disculpes... Y su padre..., como tantos otros, aparenta lealtad y amor a España y consiente que sus hijos conspiren contra ella y se alisten como voluntarios de la Independencia..., como ellos dicen... Es muy cómodo no darse por enterado de lo que hacen nuestros hijos... Tampoco su esposa sabía que sus hijas eran de las que bordaban banderas y cintas en casa de don Juan de las Torres. ¡Hipocresía, falsedad! ¡Y yo, necia de mí, creí que eran falsas delaciones, mala voluntad de envidiosos!... Cuando esta noche acuda don Hernán a tu requerimiento, debes hablarle con dureza, que comprenda que no es posible engañarte con falsas demostraciones de amor a España...; si es verdadero ese amor, que se imponga con autoridad de padre a sus hijos y no les consienta declararse públicamente sus enemigos... Eso debes decirle sin contemplaciones...

SECRET.º Señora..., don Hernán Rodríguez de Arellano es persona de singular valimento entre los suyos, y aunque fuera de los españoles enmascarados, sería peligroso desenmascararle. Mientras finja ser buen español, aún puede servirnos. Bien está conocer a los dudosos y estar prevenido contra ellos, pero no conviene precipitarlos en contra nuestra...

MARQUESA Pues no se castigue a nadie por unas o por otras consideraciones, y veremos hasta dónde llegan en sus desmanes.

VIRREY No llegarán, no llegarán... El vendaval guerrero que azota el mundo trasciende a las regiones más apartadas, las perniciosas ideas de la Revolución francesa inquietan los espíritus... Por fortuna, los despachos de España que hoy llegaron me tranquilizan respecto al término favorable de la guerra en España... Muy pronto nuestro legítimo rey don Fernando será restaurado a su Monarquía por la Junta que en Cádiz asume los poderes del Reino, y los buenos españoles que, en tierras lejanas, hemos debido asumir también una autoridad que nadie confirmaba, podemos al fin, después de tantas vicisitudes, mostrar al Rey y a España que, si no por nuestra virtud, por

nuestra suerte, ni un solo florón faltará a su corona ni su manto real se habrá desgarrado.

D. RODRIGO Si en eso cifráis vuestra gloria como Virrey de estas tierras, quiera Dios que os den tiempo para decirlo, porque estas tierras no serán nuestras mucho tiempo.

VIRREY ¿Cómo puedes creerlo?

D. RODRIGO Soy joven, padre mío; aunque nos falte la experiencia, los jóvenes vemos más claro en lo porvenir. Quizás porque nuestro espíritu le pertenece, nos comunica sus secretos...; como en él hemos de vivir y ser parte suya...

VIRREY Y ¿presiente...?

MARQUESA Callad. ¿No oís?

SECRET.° Sí..., vocerío de gente agolpada ante la puerta de Palacio.

VIRREY Informaos de lo que ocurre.

D. RODRIGO Voy también...

MARQUESA No, hijo mío...

VIRREY Déjale ir...

MARQUESA No permitáis que salga.

SECRET.° Descuidad; la guardia está bien prevenida... No parece tumulto; es sólo rumor de mucha gente junta... *(Salen el Secretario y D. Rodrigo.)*

ESCENA V

El VIRREY, la MARQUESA. Luego el SECRETARIO.

MARQUESA Nunca acabarán los sobresaltos.

VIRREY Que no debiste compartir conmigo.

MARQUESA ¿Y crees que lejos de ti, lejos de mi hijo, hubieran sido menores? Parece que callan... Sí..., no se oye nada... También me asusta este silencio...

VIRREY Sí; cuando se halla uno entre traidores, más temibles son los que callan que los que gritan. *(Entra el Secretario.)* ¿Qué ocurre?

MARQUESA ¿Y mi hijo?

SECRET.° Quedó con don Hernán, que llegaba a Palacio al bajar nosotros. Esa fué la causa de que la gente se reuniera... Le vieron llegar; piensan que viene a pediros que libertéis a los hijos de don Juan de las Torres, le aclaman, le vitorean..., ya podéis suponer con qué intención...

VIRREY Ya entiendo...

SECRET.º Don Hernán tiene la confianza de todos y quieren atraerle a su partido...

MARQUESA No os fiéis de don Hernán ni de ninguno; aunque sean españoles, una vez nacidos aquí, todos son lo mismo.

SECRET.º Eso, sí; hasta sus más expresivas demostraciones de amor a España son siempre para condolerse de sus males, para compadecerlos, que es el modo más hipócrita de enumerarlos. Pero en vuestro caso, aunque don Hernán nada os pidiera, por impulso espontáneo vuestro debierais concederle la libertad de los hijos de don Juan de las Torres.

VIRREY ¿No pensarían que es por miedo?...

SECRET.º Y miedo es..., lo confieso, porque debemos tenerlo; pero si hay que disfrazar el miedo, con nada mejor que con la clemencia. Que esta tierra está perdida para España, no lo dudéis, vuestro hijo lo decía; él lo ve como yo, aunque vos no queréis verlo... Sólo nos resta procurar que no sea bajo vuestro mando. Como en el juego de la candelilla, procuremos que no se apague en nuestras manos, que luzca siquiera un instante al dejarla, aunque nos abrasemos los dedos... ¡Ah, si estas luchas se decidieran de una vez en campo abierto! Pero esta lucha de callejuela, de encrucijadas..., todo un país enemigo, en que los más traidores son los que hemos de saludar como amigos porque por amigos se venden...

MARQUESA Así era don Juan de las Torres... hasta declararse; así es don Hernán, así son todos... Y habláis de perdón... Yo castigaría...

SECRET.º Y el castigo enardecería a los remisos y haría valientes a los cobardes... Créame Vuestra Alteza, señor: sin desdoro de vuestra autoridad, examínese en justicia las causas de los que están sujetos a proceso por los alborotos de estas noches pasadas, y absuélvase a todos, y ordene Vuestra Alteza que los hijos de don Juan de las Torres sean puestos en libertad. Es el leal consejo de un soldado que, a pesar suyo, tiene que ser político, Maquiavelo, como dicen los enemigos de España.

VIRREY Decíais que don Hernán había llegado...

SECRET.º Con don Rodrigo espera a que le deis licencia para saludaros.

VIRREY Hacedle entrar. *(Sale el Secretario.)*
MARQUESA Te dejo... Procurará sincerarse contigo..., pero no debes confiar. *(Sale la Marquesa.)*

ESCENA VI

El VIRREY y DON HERNÁN

D. HERNÁN ¡Señor!
VIRREY Adelante, amigo don Hernán; adelante. Sentaos; hemos de hablar despacio. Vuestra esposa os habrá dicho...
D. HERNÁN Que mi señora la Virreina ha honrado esta tarde nuestra casa.
VIRREY Que, por ser vuestra, es casa de España; ¿no es así? Los Rodríguez de Arellano fueron siempre espejo de lealtad en esta tierra. ¿Es posible que vuestros hijos hayan podido olvidarlo?
D. HERNÁN No he de mentir. Ha sido posible, como tantos otros hijos de españoles lo han olvidado.
VIRREY ¿Tan pronto se entibia el amor a España en los padres, que no saben inculcarlo en sus hijos?...
D. HERNÁN Señor, no es culpa de los padres. De padre español soy yo aquí nacido, y en mí alienta y perdura el amor a España, amor que no razona, porque es como la sangre de mis venas... Mis hijos debieran amarla como yo, porque de mí debieron aprenderlo; pero ¿es que sólo de los padres aprenden los hijos? España no es sólo esta España que está en el corazón, la que estuvo en el corazón de mis padres, cuando nuestra casa era como un templo de la noble hidalguía castellana. Yo he podido hacer que mis hijos me oyeran contar de las grandezas y las glorias de España, también de las virtudes de mis padres; yo he podido hacer que tuvieran en mí y en mi esposa un claro ejemplo de ellos... Yo he podido hacer todo esto; pero fuera de mí y de mi casa, fuera de lo que a mí me oyeron..., ellos han visto, han visto..., ven la otra España, la que por desdicha de todos parece toda España, porque, como desvergonzado entre prudentes, es la que alza su voz con osadía.
VIRREY Y ¿esa otra España que decís...?

D. HERNÁN Es la que Vuestra Alteza conoce mejor que yo, señor Virrey...

VIRREY ¿Queréis decir que somos los que gobernamos los culpables de todo, ¿no es eso? No creí nunca, don Hernán, que vos cayerais en esa vulgar acusación...

D. HERNÁN Dios me guarde de toda injusticia. No diré yo que todo el mal de España esté en los que la gobiernan; pero sí, por desgracia, que todo lo malo de España se represente en ellos. Es desdicha que la virtud, por ser virtud, quizá dejara de serlo si fuera de otra manera, ha de ser humilde y ha de vivir recogida, sin ostentación de sus acciones... Es desdicha de toda religión de Dios o de la Patria que los verdaderos creyentes no son los que se muestran en las ceremonias aparatosas del templo, sino los que elevan a Dios sus oraciones, sin intermediarios y sin testigos, desde lo más hondo de su corazón. Y es desdicha también que no haya templo sin mercaderes, y más desdicha que muchas veces sean los sacerdotes los mercaderes...

VIRREY ¿Nosotros, queréis decir? ¿Somos nosotros los que vendemos a la Patria?...

D. HERNÁN No os culpo a vos solo..., y perdonadme... En mi casa, a mis hijos, yo sólo los hablo de las virtudes de España; aquí debo hablar de sus culpas. Donde pueden oírme sus enemigos les diré que no tienen razón para odiarla... Soy el primero en creer que esta tierra no será más dichosa ni más grande al separarse de España, porque esa separación no debe ser como una desgarradura violenta, sino como un blando soltar de lazos, como de hija que va acompañada de su madre hasta el altar donde la espera el esposo que ha de hacerla dichosa... Y esa dulce separación de una hija y una madre es España la que ha de hacerla fácil, siendo antes guía y maestra de amor y de justicia para todos sus hijos...

VIRREY ¿Y qué más podemos hacer los que gobernamos?

D. HERNÁN Vos, señor Virrey, y con vos cuantos gobiernan en nombre de España, considerad que en vosotros se representa el espíritu de España, haced religión de vuestros cargos y ved que por vosotros ha de juzgarse a España... Desprendeos de cuanto haya de humanidad egoísta en vosotros;

llenad el corazón de nobles y gloriosas ambiciones; no uséis del poder para satisfacción de vanidades ni venganza de ofensas; no intriguéis por deslucir los buenos propósitos de un rival o un contrario, que bien sabemos de capitanes que consintieron en perder una batalla envidiosos de la gloria que su general pudiera ganar en ella...

VIRREY Acaso tenéis razón, don Hernán; pero no quisiera que la tuvierais contra mí...

D. HERNÁN Señor, en nombre de España y de su Rey os cupo en suerte gobernar esta tierra... Sois aquí España misma; haced que por vos se olviden tantos errores, culpas y exacciones de los que aquí os precedieron..., vuestros también.

VIRREY También míos, ¿decís?

D. HERNÁN Vuestros antecesores os dejaron trazado el mal camino, y no habéis hecho mucho por enmendarlo.

VIRREY Usáis mala franqueza...

D. HERNÁN Debo hablaros con lealtad... Ya os dije que ante los enemigos de España proclamaré siempre..., contra mi propia razón, que no tienen razón para odiarla... Ante vosotros debo decir que entre todos la hicisteis odiosa.

VIRREY Entonces..., ¿qué es lo que amas en ella?

D. HERNÁN Cuando la religión es fanatismo de banderías, cuando el culto de esa religión es comercio y los sacerdotes hipócritas explotadores de un rito sin creencia, el verdadero creyente aún no pierde su fe...; porque cuando faltan altares y templos y sacerdotes y hasta una religión..., aún queda Dios... Yo creo en España, amo en España lo que en ella está sobre todo..., ella misma, España..., que quizá por las culpas de todos sus hijos ya es sólo una España ideal para los que creemos en ella..., y esa España ideal que ha de ser si no ha sido..., tal vez alienta y vive con mayor fe que en nosotros..., en esos que maldicen de ella, en ese grito que nos parece una blasfemia: ¡Muera España!...; y es, aunque no espante al oírlo..., como el insulto a la mujer amada, amor desesperado, pero amor siempre, como la blasfemia misma, fe que no se ha perdido, oración que el dolor exalta en voces de ira..., porque cuanto se quiere con toda nuestra alma se quiere como en nuestro ideal lo soñamos. Y este angustioso an-

helo de perfección es el Espíritu que por la idea ha de crear mundos de mundos...; que Dios mismo, confrontando en nuestro Espíritu con la idea de Dios, no es más grande que nuestra idea...

ESCENA VII

DICHOS, el SECRETARIO, DON RODRIGO, después SOLDADOS

SECRET.° Señor... Señor...

D. RODRIGO Padre..., ¿no oís?...

VIRREY ¿Qué sucede? ¡Ah, ya va faltando mi paciencia! Es la gente que os acompañó hasta aquí. ¿Qué quieren? Dicen que venís a pedirme la libertad de los hijos de don Juan de las Torres. ¿Es eso?

D. HERNÁN Yo nada sé, señor... Nada os he pedido.

SECRET.° Ya no es posible libertarlos. ¿No sabéis? Turbas amotinadas fueron hasta el cuartel de San Pablo; la guardia disparó contra ellos..., cayeron muertos y heridos. Don Hernán, allí estaban vuestros hijos.

D. HERNÁN ¡Mis hijos!... ¡Desgraciados!...

VIRREY Vuestros hijos, ya veis... Esa es vuestra lealtad... Y yo pensaba en perdonar... No puede perdonarse...

D. HERNÁN ¡Mis hijos!... ¿Qué ha sido de mis hijos?...

SECRET.° Uno cayó herido...: no temáis..., no es de muerte. En el cuartel quedaron.

D. HERNÁN ¡Mi pobre mujer! ¡Su pobre madre! ¿Me permitís que vaya...?

VIRREY Don Hernán, esa gente os espera para aclamaros como jefe de una sedición. ¿No es así?...

SECRET.° La traición os empuja a pesar vuestro. ¿Oís?...

VIRREY No es posible que salgáis de aquí. Que le conduzca la guardia a la torre de la Marina, y esa turba que sea dispersada. *(Sale el Secretario.)*

D. RODRIGO Padre..., ¿qué vas a hacer?

VIRREY Lo que debí hacer antes con los que se llaman amigos de España y son sus peores enemigos por estar encubiertos... Don Hernán..., ya estás desenmascarado... Ya lo oís... ¡Viva don Hernán Rodríguez de Arellano!, gritan al par que ¡Muera España!, ¿lo oís?... Erais vos el leal...

D. HERNÁN No, ya lo veo; soy el traidor..., traidor para

todos... La lealtad es servir a una sola mentira y mentir por servirla... La verdad es traición siempre.

VIRREY Llevadle.

D. HERNÁN A vuestra justicia me entrego, señor Virrey... Pensad tan sólo que esa justicia habéis de hacerla en nombre de España...

TELÓN



ACTO TERCERO

Patio de un edificio que es cuartel y fué convento. Verjas al foro que dan paso a otro patio.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARÍA y DON JUAN DE LAS TORRES, conducidos por soldados. A poco el SECRETARIO DEL VIRREY.

SECRET.º ¡Señora!

D.ª MARÍA ¡Ah, señor! ¡Por piedad! ¿Por qué me traen entre soldados? Yo esperaba en la Plaza, esperaba procurando ocultarme de todos. Ya podéis suponer lo que esperaba. Es el día terrible... Mi esposo y mis hijos... ¡Por piedad, que yo pueda verlos, suceda lo que suceda!... Si son absueltos..., como han de serlo... Mi esposo no es culpable, sabéis que no lo ha sido nunca; él, que por defender la causa de España daría la vida... Y mis hijos... son unas criaturas... ¿Qué culpa tienen ellos? Se dejaron llevar..., pero no son culpables... Y si lo hubieran sido, son unas criaturas... ¡Los hijos de mi alma!... España es grande, los españoles son nobles y generosos, un tribunal de oficiales de España no puede condenar a un caballero español, no puede condenar a sus hijos.

SECRET.º Tranquilizaos, señora. Los soldados os condujeron hasta aquí porque allí fuera no era vuestro sitio... Ya visteis que la gente se agolpaba en derredor vuestro; vuestra presencia excitaba los ánimos, ya bastante excitados. En este día todo puede temerse; la rebelión está pronta a estallar y sólo

espera un pretexto. Si estallara antes de terminar el Consejo de guerra, sus jueces, tal vez inclinados a la clemencia, ya no podrían, a su pesar, ser clementes ante la imposición de una turba amotinada. Ved si importa que la vida de don Hernán, de sus hijos, no esté a merced de esa gente, movida por los que quisieran que don Hernán y sus hijos fueran condenados a muerte. ¿No es así, señor don Juan de las Torres?... A vos debo hablaros de otra manera... ¿Qué hacíais entre esa gente? ¿Creéis que yo no sé lo que desean los enemigos de España?

D. JUAN Mis hijos comparecen también ante el Consejo.

SECRET.º Por hacer armas contra los soldados de España... Su causa no es la misma que la de don Hernán y sus hijos..., que sólo están acusados de conspirar...

D. JUAN No es la misma, ya comprendo... Mis hijos serán condenados a muerte, porque yo soy un pobre caballero..., porque no tengo amigos ni valedores, y mi nombre importa poco a la causa de España. Pero no estoy solo..., el pueblo está conmigo... Ya sé que ni don Hernán ni sus hijos serán condenados... No le conviene al Virrey... Todo está convenido en esta farsa de justicia que ha de parecer clemencia y generosidad de España... Mientras haya traidores que se presten a ello...

D.ª MARÍA ¿Qué dice ese hombre?... ¿Cómo podéis creer que don Hernán, que mi esposo...?

SECRET.º Dejad, señora... Vos sí que debíais haber comparecido ante ese Consejo, para que pudierais hablar con razón de su justicia. Vos, el más solapado de los traidores enemigos de España.

D. JUAN Enemigo, sí; pero no traidor ni solapado, que en todas partes proclamé mi odio a España.

SECRET.º Menos en el despacho del Virrey, cuando pedíais privilegios de exención para vuestras mercaderías, cuando contratabais suministros a buen precio...

D. JUAN Hasta arruinarme por España, hasta perder toda mi hacienda en su servicio.

SECRET.º Por lucraros a costa suya sin conciencia, hasta que fué preciso poner coto a vuestra codicia. Y basta ya, don Juan de las Torres, que en parte alguna hubierais pasado de salteador de cami-

nos, y aquí, bajo la tiranía de España—como vos proclamáis a todas horas—, habéis podido hombrearos con sus caballeros... Y esta sí, esta sí que es grave culpa de España, esta amable condescendencia suya de gran señor, que permite a individuos de vuestra laya intervenir en asuntos y atenciones que el gran señor desdeña por indignas de su nobleza y a vosotros os ennoblecen... Pasad aquí dentro. Vayan con él dos soldados y no le pierdan de vista. Aquí podéis esperar hasta que termine el Consejo.

D. JUAN Obedezco, señor Virrey... Perdonad, señor Secretario... Deciros señor Virrey es haceros de menos; el Virrey es vuestro criado...

SECRET.º Eso os prueba cuánta es la altivez y tiranía españolas... El señor oye a su criado y atiende sus consejos, cuando está seguro de que el criado le habla con lealtad. En España, a los criados, cuando son fieles, les llamamos amigos... *(Sale don Juan conducido por los soldados.)* Perdonad, doña María. Yo quisiera comunicaros mi confianza. Son estos traidores los que comprometen la suerte de vuestro esposo y de vuestros hijos. Si estoy aquí a vuestro lado... es porque temo...

D.ª MARÍA ¡Dios mío! ¡La sentencia! ¿Cuál será la sentencia? Será su muerte...

SECRET.º No me inquieta la sentencia.

D.ª MARÍA Vos creéis que el Consejo no puede condenarlos... ¿Verdad que no?... Vos lo sabéis... Si me habéis traído aquí es para darme una esperanza, ¡qué digo una esperanza!..., una seguridad... Vos lo sabéis. ¿No es cierto? Habéis hablado con el Virrey... El Virrey ya sabe lo que ha de decidir el Consejo...

SECRET.º En realidad..., debe ignorarlo.

D.ª MARÍA No me atormentéis... Yo a nadie he de decirlo... Por vuestra madre os lo pido... Serán absueltos..., ¿verdad que serán absueltos?

SECRET.º Deben serlo... Si algún traidor no precipita a esa gente, que ya no he mandado despejar a golpes..., por miedo..., sí, por miedo a comprometer la vida de don Hernán, de sus hijos. Por eso quise tener seguro a ese miserable, que es el instigador de cuanto hoy se prepara...

D.ª MARÍA Si lo sabía..., y ésa hubiera sido mi última esperanza cuando toda esperanza se hubiera perdido.

Si mi Hernán y mis hijos fueran condenados..., yo sé que el pueblo se arrojaría a salvarlos... al grito de Independencia, al grito de Patria... Lo sabía..., pero me daba espanto... ¿Cómo hubiera podido salvarlos, si ellos estaban aquí entre soldados que les darían muerte antes de que el pueblo pudiera libertarlos? Cualquiera que triunfara, sería segura su muerte... Yo sólo he querido esperar, sólo espero en la piedad del Virrey, en la nobleza de sus jueces, oficiales de España... Yo os juro que si mi Hernán y mis hijos salen de aquí para volver conmigo a nuestra casa..., donde en mal hora entraron enemigos de España..., yo os juro que toda mi vida será para bendecirla... y a todos los españoles y a las madres que los engendraron, y si España me devuelve a mis hijos, para mí no habrá más patria que España...

SECRET.° Sí, sí..., España...

D.ª MARÍA ¿Qué teméis? ¿Por qué miráis con recelo a todas partes? ¿Es que no estáis seguro de que sean absueltos?

SECRET.° Sí..., sí...; pero esa gente...

D.ª MARÍA ¿Teméis que se arrojen a libertarlos antes de que el Consejo haya pronunciado su sentencia?... ¿Queréis que yo les pida que nada intenten, que sería su perdición?... Dejadme ir, y yo me atrevo a persuadirles.

SECRET.° No..., no debéis salir de aquí. Ya oisteis a don Juan de las Torres... Creen que todo está convenido..., que don Hernán está de acuerdo con el Virrey, que se ha prestado a esta farsa de un Consejo de guerra... para salvar a sus hijos... y... le llaman traidor y... si le ven salir absuelto... ¡quién sabe!... Esperad...

ESCENA II

DICHOS y JUAN MORO

SECRET.° Te esperaba... ¿Qué hay, Juan Moro?

J. MORO ¿Vais a creerme?

SECRET.° Ya no puedes engañarme... Sé lo que se prepara contra el Consejo..., contra los españoles...

J. MORO Apenas se conozca la sentencia..., absolución o muerte..., intentarán arrancar la bandera de España que está enclavada sobre el centro de la sala en que se celebra el Consejo... Será la señal... Don Hernán y sus hijos serán libertados..., si es que el Consejo les condena...; si son absueltos..., entonces procurad que permanezcan aquí bien defendidos..., que no salgan de aquí, porque serán capaces de darles muerte por traidores.

SECRET.º Lo sé... *(Suenan trompetas.)* El Consejo ha terminado... Doña María, ¡valor!

D.ª MARÍA Rezaba... y mi corazón nada teme... Estoy tranquila...

SECRET.º Juan Moro, ¿qué gente hay en la Plaza?

J. MORO En la Plaza no hay mucha... Los soldados despejan y no permiten acercarse a estas verjas. Pero en los alrededores están apostados y ocultos los más decididos..., y ocultan también sus banderas..., las banderas de la Patria de la libertad.

SECRET.º Hoy aún no podrán nada... Los soldados de España no serán vencidos. Pero el odio quedará bien sembrado. Eso es lo que pretenden. Necesita mártires la causa... y no hay mártires sin verdugos... ¡Ah, don Rodrigo!

ESCENA III

DICHOS y DON RODRIGO

SECRET.º ¿Qué sabéis? ¿Terminó el Consejo?

D. RODRIGO Sí. ¡Los hijos de don Juan de las Torres condenados a muerte!...

D.ª MARÍA ¡Oh!...

D. RODRIGO Don Hernán y sus hijos absueltos... Ya están en libertad...

SECRET.º ¿Oís, señora?

D.ª MARÍA Bendita España, benditos sus hijos... Dejadme, dejadme ir...

SECRET.º Esperad. Han de venir aquí... No pueden tardar...

ESCENA IV

DICHOS, DON HERNÁN, DON JOSÉ y DON ANTONIO

D.ª MARÍA Hernán... Hijos míos...

D. HERNÁN Bendice a España; bendice su justicia. Mi amor a España ha pesado más en la conciencia de los jueces que las acusaciones de los que quisieron hacer de mi nombre y el de mis hijos bandera de rebelión contra España... ¡Nunca olviden mis hijos que dos veces deben su vida a España!... A mí me bastaba con su justicia...; vosotros habéis necesitado su clemencia... *(D. Juan de las Torres ha salido con los soldados.)*

D. JUAN Eso, sí, su clemencia; pero si fué clemencia, ¿por qué no ha perdonado también a mis hijos? Si fué justicia, ¿por qué no han condenado a los tuyos?... Como los míos, han conspirado contra España...; pero los míos no son traidores..., hijos de traidor..., como los tuyos...

D. HERNÁN ¿Quién es el traidor?

D. JUAN Tú y tus hijos...

D. JOSÉ ¡Miserable!... ¿Qué dice?

D. HERNÁN Deja. Dilo todo.

D. JUAN Tú blasonabas de amor a España, mientras tus hijos conspiraban contra ella...; asi, cuando nuestra causa hubiera triunfado, siempre tendrías un buen asidero para congraciarte con nosotros..., con los que todo lo sacrificamos por nuestra Patria... «Yo siempre estuve con vosotros — nos diríais —; ya lo ves, os entregué a mis hijos»... Y si vuestra causa fuera vencida, si España quisiera ahogar en sangre nuestra rebelión, tus hijos siempre podrían salvarse..., por tu amor a España... Pero ni la clemencia del Virrey, ni tus hijos... ni tú, habéis podido engañarme... ¡Traidores!

D. HERNÁN Pero, ¿qué dices? ¿Qué veneno puede verter un pensamiento ruin en nuestro pensamiento, que al oirte ya llego a dudar de mí mismo, ya no sé si es verdad lo que dices, si es verdad que yo soy así..., que yo soy ése sin haberlo pensado..., sin pensar nunca que pudiera serlo..., porque tódo

eso que tú dices sólo puede hacerse así, sin pensarlo, sin atreverse a pensarlo, para que nunca el pensamiento llegue a tanta bajeza como nuestras acciones? *(Mueras.)*

D. JUAN Pues escucha, que no soy yo sólo quien lo piensa; no soy yo sólo quien lo dice. ¿No oyes?... ¡Muera el traidor!

SECRET.º Muera el traidor... y muera España... Es la rebelión. Quedad aquí, don Rodrigo. No salgáis... ¡Soldados, defended esas puertas!...

D. JUAN Hoy es el día, nuestro día... Moriremos por la Patria, por nuestra libertad.

SECRET.º No; no saldréis de aquí; guardadle bien, y si pretendiera escapar..., o esas turbas llegar hasta aquí...

D. JUAN *(A los soldados, interrumpiendo al Secretario.)* Ya lo sabéis... ¡matadme!... *(Entrase, seguido de dos soldados.) (Mueras.)*

D.ª MARÍA ¡Oh!, ¿qué dicen?... Es contra ti... Te amenazan de muerte.

D. HERNÁN Sí, es a mí a quien llaman traidor... Abrid esas puertas.

D.ª MARÍA No, Hernán... Es contra ti. Creen que los has vendido.

D. JOSÉ Nos llaman traidores... y tienen razón. Padre, tienen razón, porque habíamos jurado morir con ellos...

D. HERNÁN ¡Ah, vosotros también!... ¡También mis hijos!... Quiero salir he dicho; abrid esas puertas... Estoy libre... Ved..., arrancaron la bandera de España... Y ahora, ¿qué hacéis ahora?

SECRET.º Sí..., abrid y salgamos todos. La bandera de España no puede ser ultrajada. *(Abren las puertas y salen todos los hombres a tropel. Se oyen descargas, gritos, lamentos...)*

D.ª MARÍA No..., Hernán; mis hijos..., mis hijos... ¡Virgen santa, madre de piedad, madre de todos... *(Pausa.)* ¡Qué horror, si mis hijos se unen a los rebeldes, por no ser traidores, y mi Hernán, su padre...! ¡No, no! ¡Que todos juntos defiendan a España!... Los hijos contra los padres..., hermanos contra hermanos... No; no es posible... ¡Qué horror! ¡Ah!... *(Vuelve el Secretario con soldados; después D. Rodrigo, y D. Hernán, moribundo, sostenido por Juan Moro, Martín, Alberto; detrás sus hijos.)*

SECRET.° Huyeron... Son cobardes... Soldados, ¡defended esas puertas!

D. RODRIGO Les arrancamos la bandera de España. También la suya... Vedlas...

D. JOSÉ ¡Padre..., padre!...

D.ª MARÍA ¡Mi Hernán, esposo mío!... ¡Hernán de mi alma!

D. HERNÁN ¡Traidor, traidor!

D. JOSÉ ¡Y por nosotros..., por nosotros!... ¡Hermano, hermano!

D.ª MARÍA ¡Dios mío, cuánta sangre! Es la muerte.

D. HERNÁN ¡Traidor, traidor!... ¡Mis hijos!... Sostenedme... los dos, así... ¡Ah!..., esas banderas... traedlas aquí... Bandera de España, bandera de mi Patria; desgarradas las dos como mi corazón... Cuando haya muerto, envolvedme en ellas y al dar tierra a mi cuerpo, sean mi sudario... Yo soñé verlas en un día glorioso juntas las dos acariciarse al viento, no como dos banderas distintas, sino como vivos colores de una sola bandera, que es el azul del cielo, que dice amor para todos los hombres. Pero los hombres no saben morir por un amor si no van a la muerte enardecidos por un odio. Yo no he sabido odiar... ¡Hijos míos, no juréis venganza!... Al abrazar mi cuerpo muerto, habéis de abrazar estas dos banderas, que estarán siempre unidas en vuestro corazón como ahora sobre el mío. España, Patria de mis padres..., Patria mía, que eres también Patria de mis hijos..., ¿cómo podía yo separarles en mi corazón ni en la vida ni en la muerte?... Los hombres piden más lealtad para sus odios que para sus amores... Así fuí traidor para todos los hombres, por ser leal a todos los amores...

TELÓN

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.

La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, idem id.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducida.)

La Ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los Cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: **2** pesetas.